

LOS LOBOS DE LA LUNA

FRANK QUASAR

© Frank Quasar 2007
Todos los derechos reservados

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación del texto sin autorización expresa del titular de la propiedad intelectual.
La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito.

PUEDES IMPRIMIRLO SI PREFIERES LEER SOBRE PAPEL

Recomendamos seleccionar en la impresora la opción
IMPRIMIR 2 PÁGINAS POR HOJA
con el objeto de ahorrar papel y ver el texto en el mismo formato que la novela original.

CAPÍTULO 2
tercera parte

ENCUENTRO EN EL ZOO

Rita releyó lo escrito por enésima vez, comprimiendo los labios con gesto de contrariedad. No estaba mal, sin embargo le faltaba algo y sabía perfectamente qué: datos concretos, acusaciones contra alguien con nombre y apellidos.

Sin eso, no mejoraba gran cosa los artículos sensacionalistas que escribía para ir tirando. Le pareció estar oyendo la voz de Charlie por encima de su hombro: *Al público no le interesan las divagaciones, sino los hechos, nena*. El bueno de Charlie, que le había enseñado todos los trucos del oficio, la había enamorado, la había vuelto loca. El cabrón de Charlie, que resultó ser tan mal perdedor como buen profesor. Desde que Rita le pisó una exclusiva, las cosas ya no volvieron a ser iguales entre ellos. Y al final, la abandonó por una reportera televisiva medio subnormal que jamás le haría sombra, excepto con sus inmensas tetas cuando estuviera encima de él en la cama.

Con un suspiro, borró de su mente a Charlie y la reportera tetona e intentó volver a redactar de otra manera la última frase que había escrito, aunque en su fuero interno sabía que era inútil. Necesitaba algo más sólido que insinuaciones o sospechas. Necesitaba pruebas.

Y fotos, añadió rozando con los dedos la minúscula cámara digital camuflada en un broche que siempre llevaba encima.

El teléfono vía internet emitió el graznido de un cuervo, la señal seleccionada para indicar que se trataba de una llamada de James Jammer, redactor jefe del diario digital 'Impacto', su jefe. Se puso el auricular inalámbrico y conectó el audio. Jammer nunca utilizaba la webcam, de modo que no se veían.

—Sí.

—Rita, ¿dónde está ese puto reportaje sobre animales desaparecidos? —Como de costumbre, J. J. no se molestó en saludar ni nada parecido—. Necesito algo de *interés humano* para la edición de

las 22:00.

—Joder, James, todavía no he conseguido averiguar nada concreto.

—No hay problema, nena, *aún tienes cuatro horas*. Escribe algo bonito, que enterezca los corazones. A la gente le gustan los animales.

Rita sintió que se le caía el alma a los pies ante la perspectiva de dejar lo que estaba haciendo para ocuparse de un asunto de tan poca monta. Protestó débilmente.

—Es que... estoy con otra cosa...

—¡Te quiero en el putito Zoo dentro de cinco minutos! ¡Y el reportaje a las nueve! —vociferó el redactor jefe, zanjando la cuestión. De pronto, como si le hubiera leído el pensamiento, añadió—: Y deja ya de perder tiempo con esos fantasiosos reportajes de investigación. ¡Eso te queda grande, nena!

El zumbido de la línea muerta resonó en los oídos de Rita casi un minuto hasta que por fin reaccionó. Moviéndose como un zombi, hizo rodar la silla hacia atrás, caminó hasta la habitación y empezó a vestirse para salir.

Cinco minutos después, al inclinarse sobre la mesa para apagar el ordenador antes de irse, su cara quedó a la altura de la foto en la que Charlie la abrazaba sonriente y sus ojos lanzaron un destello de ira.

—¿Y tú de que te ríes? —le dijo absurdamente a la imagen. La cogió con rabia y la arrojó a la papelera.

El Parque Zoológico de Ciudad de la Bahía estaba ubicado en pleno casco urbano, al igual que el Parque Central. Tenía 37 hectáreas de extensión, casi 6 kilómetros de recorridos para los visitantes y unos 1.000 animales de diversas especies. Rita lo conocía bien, entre otras cosas porque había estado allí dos veces la semana anterior intentando averiguar algo sobre los reiterados y misteriosos robos de animales que habían sufrido a lo largo de los últimos meses.

Sentada en un banco, sacó de la mochila el portátil y comprobó sus notas. En total habían desaparecido catorce fieras: un león, dos panteras, un puma, un leopardo, tres osos, cuatro lobos y dos tigres. Todos robados durante la noche por persona o personas desconocidas. Los vigilantes nocturnos no habían visto ni oído nada, y las cámaras de vigilancia tampoco. Por lo visto, algún tipo de

virus informático inhabilitaba el sistema automático de grabación de imágenes cada vez que los ladrones actuaban.

Rita consideró el asunto. Sin duda dormían a los animales con dardos antes de sacarlos de sus jaulas, pero aun así harían falta varios hombres fuertes para transportarlos y saltar con ellos el muro exterior. Las jaulas no habían sido forzadas, de modo que tenían las llaves o uno de los asaltantes era un experto en cerraduras. Y otro un hacker... Todo muy sofisticado y retorcido para tratarse de un simple robo de animales, ¿no?

En todo caso, era un delito menor, y si la policía y los responsables de seguridad del Zoológico no habían logrado averiguar nada en nueve meses, menos iba a lograrlo ella en sólo tres horas... Dos, se corrigió, mirando la hora en su reloj de muñeca.

Eran casi las siete, el sol empezaba a descender y las sombras de los árboles se transformaban poco a poco en alargados embajadores de la oscura noche que venía. Al ser un día por semana, los visitantes que quedaban a aquellas horas eran escasos. Algunas madres paseaban a sus bebés en cochecitos de brillantes colores. Ancianos con abonos gratuitos utilizaban los bancos para dormitar. A lo lejos, un grupo de escolares de corta edad se dedicaba a dar de comer todo tipo de porquerías a las jirafas mientras su tutor contemplaba absorto la pantalla de su móvil plácidamente apoyado en el cartel que lo prohibía.

Escribió furiosamente una basura de artículo de poco más de 1.500 palabras, poniendo a parir a la dirección del Zoo, los vigilantes nocturnos, la Policía Interurbana y los barrenderos municipales, ya de paso. A falta de verdadera información, sazonó el pestilente guiso con abundantes y lacrimógenas referencias a las “pobres e indefensas” fieras desaparecidas, *arrancadas brutalmente de las cómodas jaulas donde vivían felices, por malvados delincuentes sin duda movidos por las más horripilantes y sádicas intenciones.*

Su dedo revoloteó sobre el botón de ‘enviar’, pero finalmente decidió incluir alguna declaración de última hora, para que J. J. no pusiera en duda que había estado en el Zoo. Caminó hasta uno de los edificios que albergaban las dependencias del parque pasando ante las jaulas de los primates. Los chimpancés, siempre tan parecidos a los humanos, la saludaron con grotescas muecas, enseñándole los dientes. Le pareció que se reían de ella.

Un jardinero ataviado con el uniforme verde del Zoo salió de una puerta que decía ‘Vestuario’ portando una azada y un rastrillo sobre el hombro. Rita le preguntó por el despacho del responsable

de la seguridad del Parque.

—¿El encargado de seguridad? Vaya, hoy todo el mundo pregunta por él. Su oficina está allí —contestó el hombrecillo señalando con la cabeza un edificio contiguo.

—¿Quién más ha preguntado por él? —se interesó Rita.

El empleado le guiñó un ojo con complicidad haciendo que su rostro se arrugara como un pergamino. La cabeza volvió a señalar, esta vez en dirección a un hombre en mangas de camisa y con manchas de sudor bajo los brazos que hablaba por teléfono sentado en un banco a la sombra.

—Aquel tipo —dijo—. Bofia. Los puedo oler.

Rita le dio las gracias y se despidió con una sonrisa. Empezó a caminar hacia el despacho del encargado, pero tan pronto el jardinero se perdió de vista, dio la vuelta. Miró a derecha e izquierda y, con paso firme, atravesó la puerta que decía 'Vestuario'.

—¿Que estás atrapado en un atasco con un calor de mil demonios y no sabes cuánto tardarás en llegar? ¡Ánimo, hombre! Podría ser peor —dijo Leo, alegrándose de forma un poco malvada de la mala suerte de su compañero. Al fin y al cabo, a él le había tocado caminar una hora bajo el sol—. No, lo siento, aquí tampoco hay novedades. ¡Si acabo de llegar, hombre! Estoy esperando para hablar con el jefe de seguridad.

Unos delicados pies enfundados en elegantes sandalias rosas de tacón alto entraron en su campo de visión. Leo tenía la manía de fijarse en el calzado de la gente. Le llamó la atención que el pantalón verde que las tapaba en parte no encajara en absoluto con ellas, ni en color ni en calidad. La divagación le distrajo y no oyó bien lo que le decía Delgado por teléfono.

—¿Qué? —El otro repitió la pregunta—. No, a mí tampoco me ha llegado, Sanders se lo está tomando con calma. —Escuchó un momento, asintió con la cabeza y se despidió—. Vale, llámame cuando termines en FAUCES. Sí, me quedaré hasta que llegue ese tío. Hablamos.

—Disculpe.

Los pies calzados con las sandalias rosas seguían allí. Leo alzó la mirada y sus ojos recorrieron la estilizada figura vestida con el tosco uniforme verde del Zoo hasta llegar a la sonriente cara de Rita. Su pelo y las joyas de plata con que se adornaba refulgían iluminadas desde detrás por el sol del atardecer. El joven policía

parpadeó deslumbrado, tanto por el contraluz como por la belleza de la recién llegada.

Rita se “presentó” a sí misma con toda desfachatez:

—Creo que está buscando al encargado de seguridad. Soy Sandy Runner, su ayudante. ¿En qué podemos ayudarle?

Leo se apresuró a levantarse y ofrecer su mano a la “ayudante” del jefe de seguridad. Al hacerlo tiró al suelo la chaqueta que tenía sobre las rodillas.

—Oh, soy el teniente Falcon —dijo azorado, después de recoger la chaqueta—. Leonidas Falcon. Homicidios.

—Usted me dirá, teniente.

—Bueno, es por lo de esos animales robados... Ahora que ha aparecido uno relacionado con un asesinato, estamos mucho más interesados en el caso, obviamente.

—¡Un asesinato! Usted me asusta, teniente —exclamó Rita palideciendo visiblemente... al ver por detrás de Leo que un guardia de seguridad venía hacia ellos.

—Oh, no se preocupe. No hay ningún peligro aquí —la tranquilizó Leo, interpretando erróneamente su reacción—. ¿Se encuentra mal? ¿Quiere sentarse un momento?

—¡No! —Lo último que quería la disfrazada reportera era quedarse allí—. Gracias —añadió con retraso para suavizar la brusquedad de su respuesta—, me vendrá mejor airearme un poco. ¿Qué le parece si seguimos hablando mientras paseamos?

Sin esperar respuesta, Rita empezó a caminar y Leo no tuvo más remedio que seguirla.

—Claro. ¿Qué me puede decir sobre esos robos?

—Bueno, la verdad es que no hay mucho que contar, teniente —empezó Rita, mirando discretamente por encima del hombro y comprobando aliviada que el hombre uniformado entraba en la oficina del jefe de seguridad. Le hizo un rápido resumen de lo que acababa de leer en sus notas.

—Hum, deben tener un cómplice dentro —reflexionó Leo—. Necesitaré las fichas de todos los trabajadores y una lista completa de los animales desaparecidos.

—Naturalmente. Deme su número y luego se lo mandaré.

—Ahí va —dijo Leo, apretando el botón de envío de datos por infrarrojos de su móvil.

—Lo siento, no me ha llegado —dijo Rita mirando la pantalla del suyo—. No tendrá activada la función PNL, ¿verdad?

—Noo... Bueno, igual sí... ¿Qué rayos es la función PNL?

—No importa. Tenga, marque su número secreto en mi móvil y eso solucionará el problema.

—Ya está —dijo Leo devolviéndole el móvil—. Lo siento mucho. ¡Qué torpe soy! Mira que no darme cuenta que tenía conectada la función PNL...

—Oh, le puede pasar a cualquiera —repuso Rita restando importancia al asunto y reanudando el paseo—. ¿Hay algo más en lo que pueda servirle, teniente?

A Leo se le ocurrieron muchas posibilidades. Desgraciadamente, ninguna relacionada con el caso, por lo que su siguiente pregunta fue algo errática.

—Eem... claro... ¿Por dónde cree usted que entran los ladrones?

Rita describió un amplio arco con el brazo en dirección al no muy elevado muro que circundaba el Zoo.

—¡Por cualquier sitio! —dijo—. La seguridad de este lugar está estudiada para evitar la fuga de animales, teniente, no la entrada de humanos.

—Ha sido una pregunta idiota, ¿eh?

Los dos rieron y Rita aprovechó el momento de distensión para cambiar el tono de la charla.

—Bueno, yo tampoco entiendo nada de su trabajo. ¿Es tan peligroso como parece desde fuera?

—A veces. Lo peor son esos casos que se estancan y que parece que nunca vas a resolver.

—Éste al menos avanza, ¿no? ¿Qué cree usted que está pasando?

El joven detective no pudo resistir la tentación de darse importancia delante de la bella “ayudante del jefe de seguridad”.

—No debería hablar de esto, pero... —bajando la voz y con tono melodramático—. Lo único que puedo decirle es que yo no correría por el Parque Central si fuese una chica guapa como usted.

—¡No me diga que los robos están relacionados con la muerte de una chica en el parque!

—Es confidencial. Que quede entre nosotros...

—Descuide, teniente. Es apasionante, cuénteme algo más.

Una vibración en el bolsillo advirtió a Leo de la llegada de un mensaje. Mientras sacaba el móvil, sonrió a Rita y dijo en tono casual:

—¿Le parece que vayamos a tomar algo? Antes de entrar he visto un bar muy acogedor en el que podríamos...

—Imposible. Tengo que volver a la oficina.

Leo disimuló su decepción bajando la vista hacia la pantalla del móvil.

—Claro. Lo entiendo.

El envío era de Sanders: la autopsia de Alice Bonn, por fin. Devolvió el celular al bolsillo y abrió la boca para despedirse, pero Rita se le adelantó:

—Mejor quedamos para cenar, teniente. Así podremos hablar con tranquilidad —dijo con una sonrisa encantadora—. Salgo a las diez. Espéreme en la puerta principal.

Y sin más, dio media vuelta y se fue, dejando a Leo solo en medio del camino, con la boca como irresistible diana para las moscas que pasaran por allí.

—¡Bien! —acertó a decir cuando Rita ya había desaparecido tras un recodo—. ¡Allí estaré!

Tan pronto perdió de vista al joven e ingenuo detective, Rita se dirigió a toda velocidad al vestuario, se deshizo del uniforme “prestado”, recuperó su ropa y la mochila que había dejado en una taquilla y abandonó el Parque Zoológico por una discreta salida lateral.

Un par de calles más allá, entró en un bar. Tras pedir un refresco, se sentó en la mesa más alejada de la puerta y encendió el portátil. Mediante un programa ilegal se conectó a la red de telefonía haciéndose pasar por el móvil de Leo y solicitó el reenvío de todos los datos almacenados en la copia de seguridad del servidor: libreta de direcciones, aplicaciones ‘esclavas’ y, por supuesto, mensajes y archivos recibidos o enviados.

Cuando el operador automático le pidió la contraseña, sólo tuvo que transferirla desde su propio móvil, donde había quedado grabada cuando Leo la tecleó inocentemente.

El viejo truco de la función PNL (Pa-No-Li) nunca falla —pensó, de forma poco caritativa—. Aunque he de reconocer que al menos era un tío guapo... —Mientras la información se volcaba en el disco duro, aprovechó para tomar notas—. ¿Cómo era aquel nombre que dijo por teléfono cuando llegué? ¿FRAUDES? ¿FAUCES? Eso es, FAUCES. Bien, luego averiguaré qué es... —El portátil emitió un pitido indicando que la descarga había concluido. Tras borrar todo rastro de la ilegal operación haciendo que otro programa pirata desviara la conexión y la perdiera en los laberintos del ciberespacio, Rita empe-

zó a examinar el contenido del móvil de Leo—. *Veamos primero lo último que ha subido... ¿Qué es esto? Un listado de propietarios de furgonetas Sébax 2012 negras. ¿Estará relacionado? Ah, y éste debe ser el mensaje que le llegó mientras hablábamos. Parece un informe forense. A ver... ¡Joder!*

Al leer los escalofriantes detalles de la autopsia de Alice, Rita supo de inmediato que por fin tenía la noticia sensacional que durante tanto tiempo había buscado.

Con el nombre de la víctima y la fecha de fallecimiento estimada por Sanders sólo le llevó unos minutos encontrar en internet los detalles que necesitaba para escribir el artículo.

Alice Bonn era una joven programadora de veinticinco años que vivía con sus padres. El 27 de abril por la tarde salió a la calle vestida con ropa y zapatillas de deporte y se dirigió al Parque Central. Una vez allí, diversos testigos la vieron correr entre las 18 y las 19 horas, pero nunca regresó a su casa. Alarmados, los padres denunciaron la desaparición al cabo de unas horas. Tras una breve encuesta, la policía no encontró indicios de juego sucio y archivó el caso. La madre no aceptó la versión oficial de que Alice se había fugado por decisión propia y recurrió a la prensa, sin excesivo éxito. El caso nunca pasó de las páginas interiores. Carecía de los detalles sórdidos o escandalosos que consiguen vender periódicos, y los medios se cansaron de él tan rápido como la policía. La foto que ilustraba la mayoría de reseñas mostraba a una chica rubia de mirada dulce y confiada.

Pero Alice ya no volvería a confiar en nadie. Un asesino despiadado la había secuestrado, violado y asesinado haciendo que unas fieras salvajes la devoraran viva... y Rita era la única periodista que lo sabía y tenía todos los detalles.

Miró el reloj. Aún quedaba una hora para el cierre, tiempo de sobra. Sonrió al recordar el encargo de J. J. *“Escribe algo bonito, que enternezca los corazones. A la gente le gustan los animales”*. Pues a más de uno iban a dejar de gustarle después de leer su artículo. Y su único efecto enternecedor sobre los corazones sería debido a los espasmos de terror que provocaría en ellos.